

## Uno

**S**e oyó un trueno.

Pero no era un trueno real; el director de escena estaba probando la hoja de hierro: si el hierro se quebraba el sonido era demasiado metálico, perdía su majestuosidad.

La señora Cordelia Preston, sujetando la capa que la envolvía para protegerse del frío, se apoyaba contra una muralla de castillo mal pintada y algo deforme que no era, ni por asomo, majestuosa.

—Ese gordo director es una bestia del infierno —dijo entre dientes a la señora Amaryllis Spoons, que estaba sentada en un tocón cuadrado de madera. El teatro, vacío y resonante, olía al aceite de las lámparas, a cera de velas y a polvo; al público de la noche anterior y tal vez a actores. Se habían bajado las candilejas con unas ruedas pequeñas

hacia el espacio inferior para poder cortar las mechas de las lámparas; unas velas encendidas iluminaban el escenario con una luz débil y temblorosa. Los actores, helados, se frotaban las manos y lanzaban un ligero vaho al respirar. La señora Cordelia Preston y la señora Amaryllis Spoons, dos de las tres brujas cantoras (la otra era interpretada por la suegra del director) tenían que pagar con sus magros salarios sus propios trajes, pelucas, polvos y maquillaje; tenían que pagarse las comidas, el alquiler, los viajes. Y aun así, el director había hecho que los actores fueran temprano para darles su salario, y ahora se balanceaba hacia delante y hacia atrás sobre los talones en el borde del escenario pobremente iluminado, anunciando que tenía que recortar los sueldos *otra vez*.

—El público ya no quiere actores —dijo el director en una enérgica estocada final, y Cordelia, con un ataque de rabia, imaginó lo satisfactorio que sería lanzarlo de una patada hacia el patio de butacas—. ¡En estos tiempos el público quiere espectáculo! Y lo que entienden por espectáculo no es actores de segunda y ese viejo caballo sarnoso. Mañana llega un elefante, y el próximo mes tendré a un niño actor. —Dejó de balancearse y desapareció abruptamente entre la oscuridad del fondo del teatro.

¿Actores de segunda? ¿Un elefante en *Macbeth*? El actor principal, el señor George Tryfont, se quedó parado en el centro del escenario en un paroxismo de rabia y recriminación, mirando incrédulo el dinero que tenía en la mano. La actriz que interpretaba a Lady Macbeth se había alejado rápidamente con un fuerte llanto. Los otros acto-

res permanecían en pequeños grupos, murmurando quejas y abrigándose con las capas. El invierno se resistía, no había señales de la primavera y ahora, mientras el señor Tryfont se apoyaba teatralmente contra las ramas del gran bosque de Birnam (que aún no se había recogido tras la función de la noche anterior), él y las puntiagudas ramas proyectaban formas alargadas e insólitas sobre el escenario. Amaryllis Spoons vio que Cordelia Preston, cuya figura también se veía recortada a la luz de las velas sobre el fondo de la muralla pintada del castillo, estaba enfadada pero guapa a pesar de todo: aquel inusual mechón blanco que tenía en la parte delantera del pelo parecía brillar entre la oscuridad y las sombras.

El utilero cruzó laboriosamente el escenario portando grandes platos de latón y copas para la escena del banquete; si sabía más que los actores sobre el futuro de esta producción y sobre si en realidad habría un elefante, desde luego no lo decía. Sus pesados pasos se alejaron entre bastidores.

La voz del señor Tryfont (no podía evitarlo) retumbó por el auditorio, llegó incluso hasta los palcos y la galería, sabía exactamente cuál era el timbre:

— ¡Un elefante en Shakespeare! ¡Oh, si hubiese elegido una profesión más honorable! Ese director es una deshonra, paga más para que aparezcan caballos que por actores de mi calibre.

El utilero volvió a pasar lentamente, aún en silencio, haciendo equilibrios con el caldero de las brujas sobre la espalda.

—He oído, por cierto, y de muy buena fuente, que mañana, en cuanto llegue el elefante, todas las damas *mayores*... —el señor Tryfont lanzó una mirada ponzoñosa hacia el escenario— perderán su empleo. Al público no le gustan las mujeres mayores.

La señora Cordelia Preston y la señora Amaryllis Spoons se miraron; la referencia a las «damas mayores» iba dirigida a ellas —aunque ambas eran ligeramente más jóvenes que el señor Tryfont—, pero no era responsabilidad suya dilucidar si un elefante podía ocupar el lugar de las brujas cantoras en una representación de *Macbeth* (pero esta era la gira número tres, así que cualquier cosa podía ocurrir). Casi no tenían dinero para volver a casa. Pero cosas así habían ocurrido cientos de veces: ambas tenían dinero guardado bajo las tablas del suelo en Londres para emergencias extremas y ambas hicieron rápidas cuentas para sí mismas.

Luego los actores se dispersaron repentinamente con un fuerte grito de advertencia que venía de abajo y el sonido de más ruedas. Las ruedas estaban llevándose los árboles de madera del gran bosque de Birnam y escondiéndolos entre los bastidores a ambos lados del escenario, hasta que llegara el clímax de la función de esa noche. El utilero apareció entre los árboles en movimiento. Llevaba un enorme recipiente con líquido rojo; la sangre de las manos, las manos de los Macbeths, que asesinaban cada noche.

Su alojamiento consistía en unas habitaciones sucias y frías, parte de un granero en las afueras de Guildford. Los acto-

res, malhumorados, bebían whisky barato en los rincones antes de la función de la noche. La señora Cordelia Preston tostaba pan en la lumbre. La señora Amaryllis Spoons se comió dos manzanas con profunda tristeza. Sabían que no deberían haber aceptado esa gira, conocían los caprichos de una gira número tres; salarios más bajos, actuaciones en los peores teatros. Pero la señora Preston y la señora Spoons tenían más de cuarenta años, o sea, que eran mayores —como el señor Tryfont había apuntado cruelmente—, y necesitaban el dinero.

—Sí, ese gordo director es una bestia del infierno —dijo Rillie Spoons.

Aquella noche el telón rojo por fin se abrió, tarde como de costumbre, ante el impaciente público que pateaba y silbaba. Se suavizó la luz de las candilejas y el escenario quedó lentamente a oscuras. Las brujas cantoras (el director había insistido en que el público quería oír cantar) apenas se veían sobre el escenario, fantasmagóricas, con el humo elevándose a sus espaldas. La suegra del director empezó a ahogarse con el humo y el director de escena agitó con fuerza la placa metálica para hacer el sonido de tormenta —y cubrir el ruido de la bruja que tosía—. A pesar de ello —apeteciera o no ver a damas mayores—, cuando las tres brujas se inclinaron sobre el caldero a media luz se hizo el silencio de siempre mientras las conocidas palabras calaban en los corazones:

*¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres  
en el trueno, el relámpago o la lluvia?  
Cuando finalice el estruendo  
cuando la batalla esté ganada y perdida...\**

En esta producción Macbeth llegaba a caballo; puede que fuera sarnoso, pero el público prorrumpió en una ovación. Eso sí, fue la única ovación de la noche. El caballo desapareció enseguida, pero el señor Tryfont permaneció, interminablemente. Al Macbeth del señor Tryfont le gustaban las pausas y aquella noche parecía que le gustaban con más predilección de la acostumbrada; el desencanto y el aburrimiento empezaron a flotar hasta el escenario a través del polvo y la peste de la lámpara de aceite, del olor grasiento de la pintura y del de los espectadores. El público quería acción, más humo, más caballos, tambores, más decorados móviles. La producción se acercaba a su punto culminante y el señor Tryfont hizo una pausa particularmente inmensa, mirando hacia arriba con dramatismo. *La vida no es más que una sombra que pasa*, se oyó un fuerte susurro desde el lugar del apuntador, debajo del escenario, y el señor Tryfont miró furioso al apuntador, que solo intentaba ayudar.

*La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre  
cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena, y  
después...\*\**

\* Shakespeare. *Macbeth*, Acto primero, escena primera. Traducción de L. Astrana Marín. Espasa Calpe (Madrid, 1927). (*N. de la T.*)

\*\* Shakespeare. *Macbeth*, Acto quinto, escena quinta. Traducción de L. Astrana Marín. Espasa Calpe (Madrid, 1927). (*N. de la T.*)

El corazón de una manzana cayó en el escenario.

— *Y después no se acuerda más, ¡gracias a Dios!* — bramó alguien desde el foso.

— ¡Sigue de una vez! — gritó otro—. *Un cuento narrado por un idiota*, puedes repetirlo. *Que nada significa*, ¡como tú, viejo verde!

— ¡Viejo comicastro! — chilló el primero—. ¡Pero qué haces ahí parado, pedazo de vejstorio!

El gran bosque de Birnam se acercaba chirriando para aparecer milagrosamente, pero el señor Tryfont, a quien le habían robado su gran momento poético, explotó de repente. Dio un gran salto desde el escenario (— ¡Qué peligroso, a su edad! — susurró Cordelia entre bambalinas) y la emprendió a puñetazos con sus atormentadores. El público silbaba encantado, se sumaron otros actores, y luego más miembros del público. Era emocionante. La señora Cordelia Preston y la señora Amaryllis Spoons se miraron. *Sin empleo, con un frío que pela, sin rastro de la primavera*. Se encogieron de hombros. Luego Cordelia hizo un gesto hacia la mesa de atrezo y apagó las velas que estaban más cerca. Ella y Rillie cogieron el gran recipiente de sangre y, juntas, vertieron el rojo contenido sobre los actores y el público en la penumbra; el brillante líquido goteaba, y chorreaba, y salpicaba sangrientamente. Después, discretamente, vestidas aún con sus trajes de brujas (porque los trajes eran suyos, corrían de su cuenta, y era más seguro caminar por la noche como una bruja que como una dama), en medio de la confusión, recogieron sus pertenencias y desaparecieron.

Y así se las podría haber visto: dos extrañas figuras en la fría oscuridad, avanzando pesadamente en dirección a Londres, estoicas. Dos viejas amigas, actrices de mediana edad, sin trabajo, en un frío mes de febrero.

— ¡Si mi pobre y difunta madre pudiera verme ahora! — exclamó Cordelia—. ¡Ay, cómo me entendería!

— Si mi madre, viva, la pobre, pudiera verme ahora — dijo Rillie—, no entendería nada en absoluto. — Y soltaron una media risa en la noche; medio en broma, porque la madre de Rillie estaba trastornada.

*¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres  
en el trueno, el relámpago o la lluvia?*

Cantaban para animarse y mantener alejados a los bandoleros, y en algún punto del frío camino nocturno a Cordelia le pareció oír los fuertes y risueños espíritus de su madre y de su tía diciéndole, como siempre le habían dicho, que siguiera adelante pasara lo que pasara y que aguantara lo que fuera.

## Dos

**N**o varias noches después, la señorita Cordelia Preston (porque si bien siempre se la anunciaba como Señora Preston en los carteles teatrales, como era costumbre para las actrices mayores, en realidad no estaba casada) se encontraba sentada en un sótano de Little Russell Street, Bloomsbury, medio adormilada, rendida aún por la larguísima caminata de vuelta a casa desde Guildford. Bebía oporto con aire de desgana.

No había corrido las cortinas, la gente habría tenido que ponerse a gatas para ver las habitaciones del sótano. Veía y oía pasar pies a diario, botas, zapatos, pies descalzos y sucios. Los pies escaseaban a aquella hora, pero el gato del vecino se arqueó como un negro signo de interrogación en la noche sobre los escalones de hierro del sótano, sor-

prendido por la luz de la lámpara que salía por la ventana. La madre de Cordelia había muerto cuando ella tenía diez años. Cordelia había seguido viviendo en las habitaciones del sótano con su tía Hester. Y cuando la tía Hester había muerto, parte de sus últimas palabras para Cordelia fueron: *Esta es tu casa, niña, quédate aquí tranquila y asegúrate de pagar puntualmente el alquiler. Y deja mis estrellas cuando yo ya no esté, ellas velarán por ti.*

Así que Cordelia dejó en el techo las estrellas brillantes de su tía (hechas de bisutería barata, cristal y pintura) y pagó el alquiler puntualmente. También dejó los espejos que reflejaban las estrellas, los desgastados libros sobre mesmerismo y frenología que estaban en la estantería de la esquina y la cabeza blanca de mármol cubierta de números. Llamaba Alphonse a la cabeza de mármol blanco porque su madre había participado en una obra en la que había un personaje llamado Alphonse que no tenía pelo. Cordelia había aprendido los números con la cabeza de Alphonse: 1, 2 y 3 estaban en la parte posterior, el 14 estaba en la parte de arriba. Alphonse era su amigo y a veces lo adornaba con flores de terciopelo rojo. Una cabeza de mármol numerada era un objeto raro para que una niña jugara, pero las rarezas nunca alarmaban a la gente de teatro, acostumbrada a miles de rarezas. ¿No vivían cada noche entre manzanas de cera y cuencos de sangre falsa, a menudo entre cráneos, palomas vivas y ciervos muertos, entre libros sin páginas, todo ello colocado en el rincón del atrezo?

Así que su madre y su tía podían estar muertas, pero junto con Alphonse, las estrellas, los espejos, las flores de

terciopelo rojo y todos los demás avíos que su madre había robado, rondaban siempre aquellos dos recios fantasmas: Kitty y Hester.

Se oyó el eco de unos pasos bajando por la calle hasta su puerta, un toque rápido y apareció Rillie Spoons, que venía para tomar una copa de última hora. Trasnochaban, por supuesto, eran actrices.

—¿Qué tal tus pies, Cordie?

—¡Como los tuyos!

—Vamos al local de la señora Fortune —sugirió Rillie—, a ver si nos enteramos de lo que hay.

—Por lo menos no actuaremos con un *elefante* —replicó Cordelia con aire taciturno.

—Y casi valió la pena...

Ambas se echaron a reír, se acordaron de la pintura roja chorreando y de las caras estupefactas de los receptores. Cordelia se bebió el oporto de un trago, pasó la botella y, evaporándosele la risa, fue a buscar otro vaso.

—¡Y ahora, claro, tenemos que acercarnos al Lamb a preguntar al señor Kenneth o al señor Turnour si tendrían la amabilidad de encontrarnos algo igual de malo! Válgame Dios, Rillie, estoy harta, estoy harta de hacer las maletas con el vestuario y el maquillaje y de viajar con frío, lluvia o sol por esos terribles caminos rurales, llevo haciéndolo desde que nací y ¡estoy harta!

—He encontrado algo interesante en el periódico —dijo Rillie Spoons, haciendo caso omiso del humor de Cor-

delia —. ¿Te acuerdas del mesmerismo aquel que hacía tu tía Hester? Bueno, pues hay una demostración en el Hospital Universitario, mira, lo he arrancado del periódico sin que se diera cuenta el hombre de la biblioteca. — Rillie aún tenía una voz dulce; leía del trozo de periódico acercándolo a la luz de la lámpara para poder ver, entrecerrando los ojos y dramatizando la lectura donde era pertinente —. ¡LA MESMEROMANÍA DIVIDE A LA METRÓPOLI! ¡EXPERIMENTOS DE MESMERISMO EN EL HOSPITAL UNIVERSITARIO! EL PROFESOR ELLIOTSON SE SIRVE DE DOS PACIENTES VOLUNTARIAS DEL HOSPITAL, LAS HERMANAS OKEY DE IRLANDA, irlandesas, lo ves, Cordie, son diferentes a nosotras, PARA MOSTRAR LOS EFECTOS Y POSIBLES USOS MERITORIOS DEL MESMERISMO EN PACIENTES HOSPITALARIOS. Vamos a verlo mañana, Cordie, nos alegrará y nos recordará a tu querida tía Hester.

Había que tener cuidado con los episodios del turbulento pasado de Cordelia de los que se le hablaba; por ejemplo, no se podía mencionar la palabra «matrimonio». Pero la tía Hester era siempre una apuesta segura.

— Iremos por la mañana, después de pasar por Bow Street. — Cordelia seguía teniendo una expresión sombría —. ¡Venga, Cordie, tenemos cuarenta y cinco años, no vamos a rendirnos después de todos estos años!

Y por fin Cordelia sonrió. Su amiga, o el oportuno, o la mención de la tía Hester la habían animado. Empezaron a reírse otra vez mientras se recordaban la una a la otra la pelea del teatro, el señor Tryfont, el público y la sangre. Finalmente se sentaron juntas otra vez en el sótano de

Bloomsbury, con los vasos en la mano, y cantaron el último número. Cantaron bien y el eco de sus voces salió por la ventana iluminada por la lámpara y subió flotando hacia la noche.

*Las laderas de Max Welton son hermosas,  
allí el rocío cae de madrugada,  
y ese fue el lugar en el que Annie Laurie  
me hizo promesas sinceras.*

*Me hizo promesas sinceras  
que no caerán en el olvido  
y por la bella Annie Laurie  
yo me dejaría morir*

—Me pregunto quién sería Max Welton —murmuraron simultáneamente Cordelia Preston y Rillie Spoons.

Y se rieron otra vez, con el oporto templando sus gargantas y sus corazones mientras se ponían las capas. Cordelia cogió la plancha que siempre llevaba para protegerse; Rillie siempre tenía una piedra grande en el bolsillo interior de la capa. Empezaron a caminar hacia Drury Lane, en dirección al local de la señora Fortune en Cock Pitlane, que estaba encima de una casa de empeños, subiendo por una desvencijada escalera de madera, donde los rumores y los sueños evitaban que la mayoría de los actores sin trabajo se tiraran al río Támesis. En el local de la señora Fortune los actores se pasaban información, hablaban sobre sus proyectos, presumían, lloraban o bebían. Y comían,

quizás. La señora Fortune hacía regularmente un buen puchero de estofado al que iba añadiendo cosas todas las noches. Si los actores se ponían malos, era el momento de tirarlo y empezar otra vez.

Y aquella noche, como de costumbre, toda la chusma del teatro se había reunido en el local de la señora Fortune; el señor Eustace Honour, el cómico; Olive, la bailarina de ballet; y James y Jollity, los enanos bailarines. Y Cordelia y Rillie, y Annie y Lizzie, las actrices mayores sin trabajo; el viejo señor Jenks, el apuntador jubilado y una buena panda de actrices jóvenes: las Emmas y las Bettys y las Sarahs, y las Primroses, incluyendo a varias que (aunque la señora Fortune se oponía a ello) habían traído a jóvenes caballeros que habían encontrado por la calle. Varios actores que acababan de volver de giras por Dublín, o Mánchester, o Birmingham se apoyaban despreocupadamente en la pared fumando puros y hablando fuerte sobre sus próximos compromisos. Apoyada con ellos estaba a menudo la señorita Susan Fortune, hija de los dueños del establecimiento, que había encontrado un nicho inteligente interpretando a mujeres mayores aunque era muy joven. Annie y Lizzie, y Cordelia y Rillie la miraron con malevolencia. La señorita Susan Fortune tenía un pecho extremadamente grande, y los directores le daban los papeles de mujer mayor en vez de dárselos a las flacuchas actrices mayores que tenían la edad adecuada.

Las voces subían junto con el humo de los puros en Cock Pit-lane, así como el olor del whisky rebajado con

agua de la señora Fortune y del estofado de salchichas, mientras los actores y actrices hablaban de sus triunfos. Los enanos bailarines le pagaban las copas a una actriz que llevaba tiempo sin trabajar. Se captaban fragmentos de conversaciones: Olive, la bailarina de ballet, se quejaba de que había tenido que bailar una danza de marineros en su último trabajo. El señor Eustace Honour, el cómico, protestaba por tener que aparecer con un gorila; la risa de los caballeros de la calle mantenía entretenidas a las Emmas y a las Primroses. La señora Fortune contaba sus ganancias. Y en todas partes, todo el tiempo, por debajo, permanecía la preocupación por encontrar trabajo, por saber cómo conseguirían el siguiente sueldo: la precariedad de sus vidas disolutas. Había un arpa en un rincón, fruto de un triunfo de hacía mucho tiempo. El señor Honour la afinó y empezó a tocar, las voces se unieron en una canción. Muchos tenían buena voz, la música del establecimiento de la señora Fortune a menudo podía oírse en Drury Lane junto con la demás cacofonía de sonidos:

*Mientras se nos ofrecen panaceas para curar cualquier mal  
y eludir a voluntad muerte y dolor  
yo siempre he encontrado en una botella  
alivio y protección.*

*Y si el amor, que es de dominio divino,  
llena mis apasionados ojos con un aluvión de agua salada  
que todas las lágrimas vertidas en aras de la brillante Venus  
caigan en una botella y yo me ahogue dentro de ella.*

Aquella noche, ya tarde, después de decirle adiós a Rillie en la esquina de Long Acre, Cordelia se fue a casa, caminando por las calles oscuras, por Drury Lane, en dirección a Bloomsbury. Con el calor del oporto y la plancha en su bolsillo, evitando los charcos de orina al pasar junto a los mendigos, aún seguía cantando en voz baja:

*Que todas las lágrimas vertidas en aras de la brillante Venus  
caigan en una botella y yo me ahogue dentro de ella.*